

BERNARDO SUBERCASEAUX

Historia de las ideas y de la cultura en Chile TOMO IV

Nacionalismo y cultura



EDITORIAL UNIVERSITARIA

IMAGEN DE CHILE

CUBIERTA

Una trilla.

F Lehnert según Claudio Gay

Litografía coloreada de 28 x 36 cm (fragmento)

del *Atlas de la Historia de Chile* de C. Gay.

Gentileza del Archivo Central Andrés Bello,

Universidad de Chile.

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Fondo Chilena

Ubicación:

94(635-87)



Año:

2007

C:

1

SYS:

326203

Biblioteca Nacional



1568121



3 25203

9A(635-87)
88

Historia de las ideas y de la cultura en Chile

Historia de las ideas y de la cultura en Chile

Nuestro tiempo y cultura

DESDE 1947

60
Años

CONSTRUYENDO
CULTURA

EDITORIAL UNIVERSITARIA

© 2007, BERNARDO SUBERCASEAUX.
Inscripción N° 162.250, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por
© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.
Avda. Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile.

editor@universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias,
sin permiso escrito del editor.

ISBN 978-956-11-1926-0

Texto compuesto en tipografía *Palatino 11/13*

Se terminó de imprimir esta
PRIMERA EDICIÓN
de 1.000 ejemplares,
en los talleres de Imprenta Salesianos S.A.,
General Gana 1486, Santiago de Chile,
en abril de 2007.

DISEÑO DE PORTADA Y DIAGRAMACIÓN

Paula Díaz Rodríguez
Yenny Isla Rodríguez
Simone Pezzuto Morrison

Investigación realizada gracias a
Proyecto FONDECYT 1040381

www.universitaria.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Bernardo Subercaseaux

*Historia de las ideas
y de la cultura en Chile*

Tomo IV

Nacionalismo y cultura



EDITORIAL UNIVERSITARIA

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
TIEMPO HISTÓRICO NACIONAL E INTEGRACIÓN	13
Escenificación del tiempo nacional	15
Estado-nación y sociedad diversa	21
Integración e identidad nacional	26
Educación, industria y raza	30
NACIÓN Y TRAMA NACIONALISTA	39
Publicidad e integración nacional	41
Nacionalismo educacional	50
Nacionalismo económico	64
Nacionalismo político	71
RAZA Y NACIÓN	75
Representación e imaginario	77
Contexto de apropiación y social-darwinismo	79
Raza chilena	84
Pensamiento operante e imaginario	93
Crítica literaria y raza	97
Políticas públicas	100
TEORÍA Y PRÁCTICA DEL NACIONALISMO	109
LITERATURA Y NACIÓN	129
Representación de lo nacional	131
Personajes en función de país	132
El huaso y el roto	135
Bandidos e indígenas	138
Dos novelas nacionalistas	140
Oligarquía en contrapunto	142
Espacios teñidos	142
Motivos y temas	148

Tradición y modernidad	149
La comunidad perdida	151
Injusticia social	157
Nacionalismo y modernización	159
Lenguaje de Chile	160
Magisterio crítico	163
 NACIÓN E HISTORIA	 169
La producción de pasado	171
Gravitación operante	178
¿Ciencia política oligárquica?	181
Cuerpo y alma	187
Práctica historiográfica nacionalista	190
La guerra de Chile	197
 LA NACIÓN COMO ESPECTÁCULO	 205
Chile y cultura de masas	207
Música y nación	220
Días de radio	229
Teatro y nación	230
Pro teatro nacional	231
Teatro patriótico	237
Teatro costumbrista	238
Teatro social	241
 Algunas consideraciones finales	 245
 Cronología política, social y cultural	 253
 Índice de autores	 271
 Índice temático	 275

¿Y qué me dicen ustedes de un costillar de chanco con ajo, picantísimo,
asado en asador de maquí, en junio, a las riberas del peumo o la patagua ... (en)
el atardecer lluvioso de Quirihue o de Cauquenes?

Pablo de Rokha

¡Viva Chile, mierda!

Fernando Alegría

Mucho se ha insistido, lo mismo en las escuelas que en los discursos gritones,
en el sentido del cóndor, y se ha dicho poco de su compañero heráldico. El pobre
huemul... Yo confieso mi escaso amor al cóndor, que, al fin, es solamente un
hermoso buitre...

Gabriela Mistral

Mentalmente el nazismo no es otra cosa que la exacerbación de un prejuicio
que sufren todos los hombres: la certidumbre que su patria, su lengua, su
religión, su sangre, son superiores a las de los otros.

Jorge Luis Borges

RAZA Y NACIÓN

REPRESENTACIÓN E IMAGINARIO

Se suele atribuir a Nicolás Palacios y a su libro *Raza Chilena* (1904) la paternidad en la concepción de una “raza chilena”, como también la identificación del destino de esa “raza” con el de la nación. Si bien Palacios es sin duda el primer “tratadista” del tema, el uso de la categoría “raza” con un significado amplio, que implica elementos biológicos, síquicos, culturales y sociales –en ese mismo orden de precedencia– puede datarse en Chile desde fines del siglo diecinueve. El concepto “raza chilena” se encuentra en artículos de revistas y periódicos desde la Guerra del Pacífico, particularmente durante la última década. De esos años data también la presunción de una diferencia “racial” chilena, vale decir de una especificidad que implicaría rasgos heredados de distinto orden. Benjamín Vicuña Subercaseaux, en 1902, habla del carácter “práctico y sobrio de la raza chilena”, se refiere también a la “unidad de la raza criolla” y a ciertos rasgos psicológicos que la caracterizarían: “el desinterés, la sobriedad y el espíritu guerrero”, una raza que repudia –dice– “el oropel de la literatura modernista”⁶⁵. El propio Palacios utilizó el concepto de “raza chilena” en cartas a los periódicos anteriores a su obra.

Desde el punto de vista estrictamente científico, biológico o etnohistórico no se conocen fundamentos que permitan hablar de una raza única con rasgos diferenciales transmisibles por herencia. Incluso autores coetáneos a Palacios, como Tomás Guevara o Luis Thayer Ojeda, que abordaron el tema desde una perspectiva etnohistórica, señalan la presencia en Chile no de una sino de varias razas. Tomás Guevara menciona, además de los araucanos, a los aymaras, los yaganes, los alacalufes, los fueguinos y los pascuenses. Luis Thayer Ojeda, instalado en la incipiente ciencia de la época, establece una proporción racial para el país: 64,89 % de raza blanca, 34,26 % de raza roja o indígena, 0,98 % de raza negra y 0,17 de raza amarilla⁶⁶.

La categoría de “raza chilena”, como base étnica de la nación, es, por lo tanto, una invención intelectual, una representación que carece de fundamento

⁶⁵ Benjamín Vicuña Mackenna, *Un país Nuevo. Cartas sobre Chile*, París, 1903 (cartas escritas en 1902).

⁶⁶ Tomás Guevara, *Historia de la civilización de la Araucanía*, Santiago, 1898-1902 e *Historia de Chile Prehispánico*, Santiago, 1929. Luis Thayer Ojeda, *Elementos étnicos que han intervenido en la población de Chile*, 1919.

objetivo. Se trata de un significante vacío que puede ser llenado con distintos rasgos, sean éstos biológicos, síquicos, culturales o sociales. Precisamente esto es lo que ocurre –de modo casi impresionista– en la mayoría de los ensayos que se refieren a la raza chilena. Pero más allá de una invención intelectual, es también una invención emocional, y como tal obedece a una lógica y a una racionalidad distinta a la científica, más próxima a las zonas oscuras y misteriosas del “nacionalismo” y de la “religión” que a la del conocimiento racional y empírico. Desde este punto de vista su “verdad” no depende de un referente objetivo sino de la emocionalidad que subyace a ella. Como concepto “raza chilena” pertenece al ámbito de las representaciones, de la psicología social, más que al de la biología o de la etnohistoria.

Los individuos, grupos y colectivos sociales dan sentido al mundo por medio de representaciones que construyen sobre la realidad. Las representaciones no tienen un correlato objetivo real, aun cuando pueden conllevar procesos de percepción, identificación, reconocimiento, legitimación y exclusión. Las representaciones son también portadoras de lo simbólico, dicen o narran más que aquello que muestran o enuncian. “Raza chilena” le da un sustento a la idea de homogeneidad. Las representaciones corrigen sentidos ocultos que contruidos social e históricamente se internalizan en el inconsciente colectivo o se representan como naturales, dispensando la reflexión⁶⁷. Desde este punto de vista, la fuerza de las representaciones se da no por su valor de verdad, o de correspondencia discursiva con lo real, sino por su capacidad de movilizar acciones y de producir reconocimiento y legitimidad social⁶⁸. “Raza chilena”, como representación, se inserta en un régimen de verosimilitud y credibilidad, y no en uno de veracidad. El concepto de imaginario implica un conjunto más o menos coherente o articulado de representaciones. El imaginario es histórico y datado, puesto que en cada época, o más bien en cada escenificación del tiempo histórico, las sociedades constituyen representaciones para referirse o conferir algún sentido a lo real. Autores como Hayden White sostienen que la propia historia es, en tanto producto discursivo, una forma de representación de lo real. Una representación de representaciones⁶⁹. En cuanto régimen de representaciones, el imaginario es una proyección mental que no reproduce lo real, pero que sin embargo induce a pautas de acción que operan en la realidad. Los imaginarios están sujetos a disputas y aquellos que se imponen

⁶⁷ Por ejemplo la representación del pueblo alemán como raza aria.

⁶⁸ Sandra Jatahy Pesavento, *Historia & Historia cultural*, Belo Horizonte, Brasil, 2003.

⁶⁹ Hayden White, *Metahistory. The historical imagination*, USA, 1973.

expresan una supremacía lograda en una relación sociohistórica de fuerzas. El poder simbólico de hacer creer algo sobre el mundo y de utilizar un régimen de representaciones implica un cierto control de la vida social, expresa por lo tanto una hegemonía.

CONTEXTO DE APROPIACIÓN Y SOCIAL-DARWINISMO

La emergencia y uso de la categoría “raza chilena” en un determinado momento histórico del país puede explicarse por distintos factores. Con la Guerra del Pacífico y más tarde con el Centenario, la “emocionalidad de la patria” se reactiva y requiere de alguna instancia para productivizar una mayor cohesión social. Se necesita por de pronto integrar en la idea de nación además de los sectores medios al pueblo, al “roto”, que ha sido uno de los artífices del triunfo. La Guerra Civil de 1891, el auge del salitre con sus repercusiones (dinero fácil, plutocracia, *belle époque* criolla, decadencia de la elite), la inmigración y los profesores alemanes (lo cual se percibe como decadencia del espíritu de nacionalidad), los problemas de límites pendientes con países vecinos, sumado a la presencia de nuevos actores sociales y políticos, son aspectos que constituyen un contexto proclive al nacionalismo. Circula en el ambiente y en la opinión pública cierto malestar de los sectores medios y populares contra el favoritismo que el gobierno le otorgaba a los extranjeros⁷⁰. Todo ello conforma un clima que estimula la reelaboración de la identidad nacional en una perspectiva de cohesión e integración social. Una identidad que permite sumar aunque sea simbólicamente a los sectores medios y populares, incluso a los indígenas, y que permite también corregir el imaginario liberal de ciudadanos que no eran tales.

Otro factor es la oferta intelectual del pensamiento europeo de la época, fundamentalmente francés y alemán. Nos referimos sobre todo al darwinismo social y a las distintas teorías respecto de la raza, las cuales van a ser apro-

⁷⁰ Carl Soberg, *Immigration and Nationalism in Argentina*, USA, 1970. Señala que en Chile, a diferencia de Argentina, las elites no se unieron a los sectores medios en su oposición a los inmigrantes. Sólo los intelectuales lo hicieron.

piadas en Chile desde el contexto antes descrito, particularmente las teorías de Gustave Le Bon. La filiación y los diversos usos del concepto de raza en el pensamiento europeo son bien conocidos. En el siglo XVIII Linneus y otros naturalistas trataron de acomodar y clasificar la humanidad en razas. A mediados del siglo XIX, el Conde de Gobineau, siguiendo el modelo determinista del medio ambiente, de Hipólito Taine, señala que la especie humana se divide en tres razas, blanca, amarilla y negra, a las que valora y describe en términos decrecientes. Gobineau elabora una teoría de las razas fuertes y débiles, en la cual la decadencia de una raza se da por la contaminación con razas inferiores. Frente al mestizaje y al futuro de la raza blanca, adopta una postura pesimista⁷¹. En los mismos años que el concepto de raza ingresa al ideario positivista, circula la teoría de la evolución biológica de Darwin, que destaca el rol de la competencia, de la selección del más apto y de la lucha por la supervivencia. La idea de los cambios lentos y evolutivos, que en el mundo de las plantas y los animales dan lugar a la transformación de las especies, no tardará en ser aplicada a la sociedad y al conocimiento histórico. Algunas ideas y temas conductores del darwinismo social se cruzan así con el concepto de raza: por ejemplo, la concepción de la sociedad como un cuerpo orgánico que necesita mantenerse sano, incontaminado de impurezas; o ideas como el rol del individualismo, la lucha por el provecho, por el prestigio y por el poder como elementos conductores del devenir histórico. Francis Galton, primo de Darwin, ya en su época (1869) instaura las bases para la eugenesia: la aplicación de las leyes de la herencia al cuidado y perfeccionamiento de la raza.

Hacia fines del siglo XIX, el pensamiento germánico se imbuje de darwinismo social. Autores como Alfred Ploetz empiezan a delinear, ya en 1895, una ciencia de la higiene racial: disciplina que abogaba por una reproducción controlada (reforzada socialmente), por una selección adecuada de las parejas, por la revisión y estímulo a los recién nacidos más hermosos, medidas todas que llevarían, según estos científicos, a una nación racialmente más saludable. En Francia, Georges Vacher de Lapouge (1854-1936), coetáneo de Gustave Le Bon, seguidor de Darwin y Spencer, aplica el pensamiento biológico a las ciencias sociales. Sus postulados fundamentales son la desigualdad de las razas y el determinismo hereditario al que consideraba fatal e inexorable⁷². Su tesis es que

⁷¹ J. A. Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humains*, Paris, 1853.

⁷² Vacher de Lapouge es también el promotor en Francia de la idea de la raza aria como raza superior. Autor entre otros de *Les sélection sociales* (1887), *L' Aryen et son rol social* (1899) y *Race et milieu social. Essai d' Anthroposociologie* (1909). Considerado uno de los padres intelectuales del nacismo francés.

la evolución humana es efecto de la selección, pero que en el hombre la selección social prima sobre la selección natural. En este proceso la raza deviene el motor de la historia, animada por los elementos étnicos hereditariamente superiores: los eugénicos. Gustave Le Bon (1841-1931), el darwinista social más leído y citado en América Latina, postula una nueva ciencia: la sicología social, especie de radiografía de la sociedad que tiene como eje de sus indagaciones al concepto de raza. Las razas para Le Bon tienen, a partir de su componente biológico, una constitución mental, un alma, y, por ende, poseen características intelectuales y morales que son las que en definitiva van a determinar la evolución de un pueblo. Le Bon era médico y se aproximaba a las ciencias sociales como un “diagnosticador de continentes enfermos”. Pasó por la medicina, la sociología y la sicología y fue influido por doctrinas hoy consideradas pseudo-científicas, como la frenología, pero que en la época tuvieron gran influencia, más allá incluso del campo científico. Leído con fruición en Chile, fue el principal difusor de la teoría de que la historia y el devenir de un país depende de su carácter y de su raza más que de sus instituciones. Ya en *L'homme et les sociétés* (1877), su primera obra de ciencias sociales, ataca el mito del poder de la razón, el “mito ilustrado”. Más adelante desarrolla la idea del rol de lo irracional en política y en la mentalidad de los pueblos. Fruto de la raza (herencia) y del inconsciente colectivo, la constitución mental de un pueblo está –según Le Bon– en gran medida vinculada a lo irracional. Para el pensador francés cada pueblo tiene una mentalidad particular influenciada por la raza histórica a que pertenece. Hay por ende una constitución mental de pueblos que debe ser considerada en el tipo de gobierno que se persigue, se trata de una perspectiva que excluye la construcción de un modelo político de validez universal, adaptable a todos los países. Una postura que conlleva una crítica al liberalismo y a la mitificación moderna de la democracia como sistema que puede ser aplicado *urbi et orbi*.

Su primera obra de gran difusión, traducida a múltiples lenguas, fue *Les lois psychologique de l'évolution des peuples* (1894). Estudió los fenómenos históricos como si fuesen físicos, como si fuesen organismos o cuerpos provistos de alma o interioridad. “La historia de un pueblo no depende de sus instituciones –dice– sino de su carácter, vale decir de su raza”. El carácter para Le Bon está condicionado por variables biológicas y afectivas y difiere de la inteligencia, sometida a la lógica racional. El carácter, por ende, depende de la herencia biológica y del inconsciente, factores ambos inscritos genéticamente en la raza. El concepto de raza que utiliza engloba tanto lo biológico como costumbres y tradiciones comunes. Utiliza términos geológicos como “estratificaciones atávicas”, para referirse a una “raza histórica”. Las “razas históricas” a dife-

rencia de las “razas artificiales” (producidas por conquistas o inmigraciones) son para Le Bon pueblos de un mismo origen, sometidos durante siglos a las mismas creencias, instituciones y leyes. En este sentido en el mundo contemporáneo no hay para el estudioso francés razas puras, si las hubo en el pasado prehistórico, son razas a las que él llama “naturales” o “primitivas”. En el mundo moderno habría sólo “razas históricas” y “razas artificiales”, el ideal es que sean las primeras las que constituyan la base de una nación. “Por el hecho de la diversidad de su constitución mental”– los “pueblos diferentes entre sí no podrían subsistir mucho tiempo bajo un régimen común”. Para Le Bon cierto número de rasgos psicológicos comunes, tan permanentes como los rasgos anatómicos, serían los que permiten clasificar a las distintas “especies” o “razas humanas”.

Este conjunto de elementos psicológicos observables entre todos los individuos de una misma raza, constituye lo que Le Bon denomina “carácter nacional”. Raza implicaba –desde su teoría– una mentalidad diferente, mentalidad que resulta del determinismo biológico y del medio, y que se constituye lentamente a través de la experiencia, perpetuándose en la tradición. Como los elementos psicológicos que conforman el alma de una raza se heredan de los ancestros y del pasado, Le Bon va a sostener el imperio de los muertos, de los residuos ancestrales : “es por sus muertos –dice en *Les lois psychologique de l'évolution des peuples*– más que por sus vivos, que un pueblo es conducido”. Las leyes del porvenir –decía– han de ser las del pasado. “El irreal es el gran generador del real”. Los tres pensadores, Gobineau y su pesimismo racial; Vacher de Lapouge y su eugenismo racial; Le Bon y su evolucionismo racial, fueron conocidos y apropiados por las elites ilustradas de comienzos del siglo XX en América Latina.

Las ideas de los darwinistas sociales franceses se proyectaron también en la opinión pública europea. En Francia, el movimiento nacionalista alcanzó cierta hegemonía intelectual y se expresó a través de la revista *L' action française* (1899, 1908-1944) y de una liga con el mismo nombre. En su período de mayor auge (100.000 ejemplares) la revista tuvo como editor-jefe al escritor Leon Daudet, y fueron figuras destacadas del movimiento, Maurice Barres⁷³ y Charles Maurras⁷⁴. El movimiento se articula en torno a la defensa de una nación

⁷³ Maurice Barres (1862–1923) es autor de *Le culte des mois* (1888), *Du sang, de la volupté et de la mort* (1894); *Le roman de l'énergie nationale* (1897) y *Scenes et doctrines du nationalisme* (1925). Tuvo una obsesión por Alemania.

⁷⁴ Charles Maurras (1868–1952), editorialista de *L' Action Française*, fue desde fines del siglo XIX el teórico del retorno de la monarquía y portavoz del nuevo nacionalismo.

amenazada desde el pasado y desde el presente. Se atacan o critican a las ideas de 1789, a los dreyfusistas, a Zola, incluso a la sociología, a la que se califica de “ciencia judía”. En 1908 Maurras escribe “nosotros somos nacionalistas: en consecuencia estamos preocupados de la salud y del vigor de nuestros elementos sociales”. La teoría social desigualitaria de Maurras se apoya, en primer lugar, en la idea de la dependencia del hombre respecto al medio en que vive, en seguida, respecto de la sociedad. Se trata de un determinismo radical que viene a negar la libertad y el libre arbitrio y también el poder de la razón como actividad creadora o prometeica. La primacía de estos determinismos y de lo social sobre lo individual, con el aval de teorías racistas, lo llevó a un marcado antisemitismo y a la idea de una cierta decadencia del espíritu de nacionalidad en Francia y en general en la raza latina⁷⁵.

En el marco de estos planteamientos, de los cuales los intelectuales chilenos se apropiaron, ya fuera leyendo directamente a los autores o en publicaciones periódicas como la *Revue de Deux Mondes*, las políticas públicas de inmigración que aplicaba en esos años el gobierno de Chile resultaban “amenazantes”, pues de acuerdo a las teorías en boga el cruce de razas implicaba el riesgo de una alteración en el carácter de la raza y en el destino de la nación. En su libro Nicolás Palacios cita en reiteradas oportunidades a Gustave Le Bon, a Vacher de Lapouge y a Herbert Spencer, los cita como criterios de autoridad para avalar sus teorías. No cabe duda entonces que Palacios conocía a los social-darwinistas europeos. Sus lecturas, empero, eran rápidas y no muy bien asimiladas: en la segunda edición de *Raza Chilena* (1918) Palacios cita frases textuales del libro *Race et milieu social* de Vacher de Lapouge, pero se las atribuye a otro autor.

El contexto histórico-social e intelectual que hemos descrito contribuyó a que en Chile el concepto de raza y el darwinismo operasen en campos tan dispares como la educación, la lucha contra el alcoholismo, el fomento del deporte, la reflexión sobre el derecho y la delincuencia, la idea de que un criminal podía estar determinado en su acción por factores biológicos (siguiendo a Lombroso), la higiene pública asumida como eugenesia, como higiene racial. Varios de los problemas más acuciantes de la época (las enfermedades venéreas, la mortalidad infantil, el alcoholismo) se concebían como problemas de la raza. En literatura, la sensibilidad criollista, buscaba crear tipos literarios contruidos sobre la base del determinismo étnico y geográfico (Mariano La-

⁷⁵ *Les lois psychologique de l'évolution des peuples* (1894) tenía en 1914 más de una docena de ediciones en francés y medio centenar de traducciones. Las reacciones de sus contemporáneos a su obra fueron diversas, algunos lo consideraron un genio y otros un espíritu confuso. Hoy se lo considera un espíritu conservador, eurocentrista y superficial en términos científicos.

torre), o transformar a la poesía en “un canto a la raza” (como lo hizo Samuel Lillo). En todo estos órdenes, ya sea en el plano del discurso, de la construcción simbólica o de la acción pública, está presente de modo implícito o explícito la idea de la preservación y mejoramiento de la raza. Esa lucha y el combate a los factores que la amenazaban, era la forma de contribuir al destino de la nación. Desde esta perspectiva raza y nación son una misma instancia.

RAZA CHILENA

Lo primero que cabe señalar sobre la obra de Palacios es que la edición de 1904 fue publicada en Valparaíso, sin nombre de autor, bajo el título de *Raza Chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*. La portadilla lleva también un escudo chileno; la segunda edición, de 1918, publicada 7 años después de su muerte, incluye el nombre del autor, y además, al pie de la portadilla, la leyenda “Editorial Chilena”. La reiteración de la voz “Chile” y “chileno”, conlleva varias connotaciones. En primer lugar indica que el nacionalismo es una condicionante (histórica) del racismo. Implica también una puesta en escena de la emocionalidad que anima a la obra; el título está concebido con una lágrima en la garganta y genera por esa vía una predisposición de lectura y un horizonte de expectativas que no va a ser defraudado⁷⁶. El libro está traspasado por el tipo de emoción que se siente cuando se escucha la canción nacional antes de un encuentro deportivo en que juega el equipo local, un sentimiento fuerte y solidario, pero también provisto de una zona irracional, baja y oscura. El motivo del “llorón por la patria” ejemplifica bien el tono narrativo que recorre gran parte de la obra de Palacios. Incluso hay una larga disquisición sobre el tema, que vale la pena citar *in extenso*:

“Los que han viajado saben que los chilenos tenemos fama de llorones, fama muy extendida en las naciones americanas del Pacífico, pero que alcanza también a las del Atlántico. Para apreciar esos rasgos generales del carácter de un pueblo se hace preciso haber estado

⁷⁶ Nicolás Palacios se alistó como médico en el Cuerpo de Cazadores en 1879. Participó en la batalla de Tacna y en determinado momento se le dio por muerto. Fallecido en 1911, Palacios pidió que lo enterraran envuelto en la bandera nacional.

en situación de poder hacer comparaciones, de haber conocido de cerca otros pueblos. Es después de viajar que me he convencido de que esa fama es merecida. Mas también he llegado a convencerme de que no somos los únicos que tenemos fáciles las lágrimas. De entre los pueblos de Europa, los escandinavos y los alemanes son también prontos para enternecerse; pero los rusos no tienen compañero a la fecha en lo de llorones. No he conocido a un solo ruso que no fuera llorón. Tuve relaciones en París con una Colonia de turistas rusos, y en las fiestas y comidas a que tuve el gusto de acompañarlos, los vi llorar como niños cuando se promovía el recuerdo de su patria. En una ocasión en que se trataba de un aniversario cívico, un médico anciano de barbas de profeta no alcanzó a concluir de leer el discurso del caso, porque las lágrimas lo cegaban y la garganta se le acalabró”.

“Los chilenos –dice Palacios– tenemos a quien salir en esto del llanto. Ya recordé que los araucanos eran llorones y lo son todavía. En el poema *El Cid* aparece este héroe, tipo acabado física y moralmente del varón, llorando desde las primeras líneas, así como los borgaleses y borgalesas *plorando* se quedaron al verlo pasar a injusto destierro. Pero es la ternura patriótica, diré así, la que más a menudo arrancaba las lágrimas al Cid, como era la que enternecía al araucano y enternece a los pueblos nombrados. Cuentan los que lo han visto que cuando el zar pasa revista a sus tropas muchos soldados y oficiales derraman silenciosas lágrimas. Cuando en la mañana del 26 de mayo de 1880, en el Alto de la Alianza, las bandas del ejército chileno rompieron con la canción nacional como respuesta a los primeros cañonazos del enemigo, vi llorar a todo mi batallón; después supe que el ejército entero había llorado”.

“Esa manera de manifestar la ternura patriótica es menos común de la que puede parecer a los chilenos, que la poseen de herencia. Ningún pueblo meridional europeo manifiesta de ese modo su amor a la patria, ni tampoco los demás pueblos de América. Los ingleses y los norteamericanos, en las ocasiones de emoción patriótica, permanecen con los ojos secos, pero se ponen algo pálidos y su semblante se demuda”.

“La ternura patriótica tiene algunos signos particulares que la distingue de todas las demás. En general, la ternura es una emoción deprimente de la voluntad, como lo son la nostalgia, la melancolía y todos aquellos estados de ánimo a (los) que se puede aplicar la palabra, que en este caso es muy gráfica, *pesar*. Muy por el contrario, el semblante compungido y lloroso de la emoción patriótica, cuando es fuerte, va siempre acompañado de los signos externos más evidentes

de la sobreexcitación de la voluntad: la contracción sostenida y tónica de los músculos. Y ha de notarse que los músculos que entran en acción son los del acometimiento, los del ataque: los de las piernas y del pecho se alistan, las mandíbulas se comprimen y los puños se aprietan. La mirada, por entre las lágrimas, adquiere un brillo más semejante al de la cólera que al de la ternura, y aun no es inusitado en los casos graves un murmurar quedo de juramentos y amenazas”.

¿Cómo explicar –se pregunta Palacios– esa coexistencia del signo externo más elocuente de la depresión del ánimo... como son las lágrimas... con el grupo de acciones asimismo elocuentes de la sobreactividad volitiva en su manifestación más enérgica: el ataque?⁷⁷

Tratado extensamente, el motivo de la “ternura patriótica” o del “patriota llorón”, revela las modalidades principales del punto de vista y del tono narrativo que conforman el libro: por una parte, el nudo en la garganta, la emoción contenida de la patria, que apela a una unidad nacional sobre la base de una integración racial, y por otra, la furia, el ataque contra todo aquello que amenace o debilite el sentimiento de nacionalidad. Dentro del primer carril relata anécdotas propias o ajenas, pasando a veces de una a otra, recurre a crónicas de la Conquista y a todo lo que le permita rescatar los rasgos atávicos que justifican la emoción que lo anima. Dentro del segundo, discute y ataca políticas públicas de inmigración y la presencia de la “raza latina”, el artificio y la “superficialidad afrancesada de la aristocracia”, “la poesía afeminada de los modernistas”, los juegos de lotería y de azar, la beneficencia pública, el comercio, la raza judía, en fin todo aquello, que según su punto de vista ablanda o torna pusilánime al sentido de nación. De acuerdo con esta emoción patriótica y con el doble curso que informa al libro, el destinatario explícito del mismo son “los chilenos de corazón y de entendimiento”, a ellos, “me dirijo”, dice Palacios.

A pesar de que era médico su obra dista de ser una obra científica o de medicina. En términos literarios lo más rescatable del texto es el anecdotario personal o los relatos intercalados con que Palacios refuerza lo que defiende o ataca, relatos breves que a veces alcanzan –como ocurre en el párrafo transcrito– cierta vivacidad narrativa. El bagaje de anécdotas con connotaciones expresivas está, sin embargo, envuelto en un paquete de argumentos científicistas, que resultan para el lector contemporáneo estrafalarios y farragosos. Palacios, por ejemplo, concibe el motivo de la “ternura patriótica” o de las “lágrimas fáciles” como herencia de los godos. Se trata –dice– de un signo matriarcal que

⁷⁷ *Raza Chilena*, Santiago, 1918, segunda edición, tomo I, págs. 225-226.

habría llegado con ellos desde España, pero que reaparece en su dimensión patriarcal en la raza chilena, mezcla de godos y araucanos. Esta conformación filogenética explicaría la contradicción entre una “ternura llorosa y constreñida” (gesto matriarcal) y otra que presagia una postura ofensiva (gesto patriarcal). De esta manera, cada una de las anécdotas o de los meandros de la obra encuentra su lugar en un organigrama ideológico, en un esquema que termina por clausurar los atisbos de vivacidad expresiva.

Anclado en un aparataje científico racial, el esquema de Palacios tiene como hilo conductor la idea de la existencia de una raza chilena con rasgos homogéneos, base étnica de la nación. Se trataría de una raza histórica, conformada a través de varios siglos, por la conjunción de dos razas guerreras de filiación patriarcal: los godos (conquistadores españoles) y los araucanos (mapuches). Esta raza tendría una fisonomía moral uniforme: “todos sentimos y pensamos de idéntica manera en las cuestiones cardinales, sobre las que se apoyan y giran todas las demás: referentes a la familia o a la patria, a los deberes morales o cívicos”. Esta uniformidad psicológica se explica por la “singular similitud de las almas de nuestros progenitores”. Las condiciones que han hecho posible –según Palacios– la formación de una raza mestiza permanente y uniforme obedecen a algunas consideraciones de genética racial: el número de los elementos o componentes de la raza son dos; dichos elementos poseen psicologías patriarcales semejantes; las dos razas primitivas (godos y araucanos) fueron razas con cualidades estables y fijas durante varias generaciones. Se cumplen así las condiciones para la constitución de una raza de excepción.

¿De dónde sacaba el Dr. Palacios semejantes ideas? Gustave Le Bon en su libro sobre las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos señala tres condiciones para que las razas se fusionen y formen una raza nueva más o menos homogénea: “1. que no sean muy desiguales 2. que no difieran en su carácter y 3. que estén sometidas durante largo tiempo a idénticas influencias del medio”. Palacios en algunas ocasiones cita a sus fuentes, en otras no. Y las omite no de mala fe, sino sencillamente debido a que para su condición de autodidacta en estos temas, resultaba perfectamente legítimo hacer uso de los conocimientos sobre estas materias que circulaban en las ciencias humanas europeas de la época.

Los rasgos de esta raza homogénea: la valentía, el sentido guerrero, la sobriedad, el amor a la patria, la moralidad doméstica severa, el rechazo a los afeites, el carácter parco, el predominio de la psicología patriarcal, etc., son para Palacios rasgos atávicos aportados por los progenitores. Rasgos que se manifiestan de preferencia en el roto, especie de síntesis de la raza, y también en los araucanos que forman parte de ese crisol étnico. La presencia de razas

foráneas y de migraciones, particularmente de la raza latina, vendría a disociar la estabilidad de la raza chilena, la que estaba ya biológica y psicológicamente consolidada. Eso es precisamente lo que según el diagnóstico de Palacios estaba ocurriendo en el Chile de las primeras décadas. Lo que él llama una feminización de la raza, apunta a una sociedad que en su fisonomía y en su carácter patriarcal se ve amenazada por tendencias matriarcales, encarnadas, según Palacios, en la clase dirigente y en el peligro que representa la migración de europeos de raza latina o mediterránea. Feminización que afecta a la poesía modernista, sensibilidad que el autor vincula con “poesías del género erótico y de la especie cultivada por la poetisa Safo”, poesía que amilana la voluntad, que se rige “por el deseo de abatirse, de humillarse, de sacrificarse por la persona amada”, son, dice, “vates matriarcales de la peor especie”. El roto, en cambio, “no es de facciones finas, ni es zalamero, ni se paga de adornos ni de afeites... tiene algo de la rigidez del espino, mientras la plebe europea con la que se pretende reemplazarlo posee el exterior liso y relumbrón de la caña”. Son consideraciones y detalles de esta índole los que va instalando uno a uno en los casilleros de la estirpe patriarcal en contraposición a la matriarcal. También los juegos de azar y el comercio, los pone al haber de razas matriarcales; los primeros debilitan la voluntad y el ánimo de trabajo, mientras los mercaderes y el comercio, a diferencia de quienes se dedican a la industria, anteponen siempre sus propios intereses a los de la patria. “Sus funciones sociales –dice– son las que acercan a los mercaderes a las razas matriarcales”.

Percibe en el comercio y sobre todo en la raza judía una contradicción insoslayable con la idea de Patria. “Es la idea de Patria, fundada en cimientos morales muy superiores al mercantilismo, lo que contraría las expectativas de lucro de los mercaderes. Es esa idea de Patria –dice– que es la síntesis de las más severas virtudes del hombre, idea que despierta en nuestra memoria los sacrificios sin límites, lo que asusta a los comerciantes y a los cobardes; sí, a los cobardes, que pretenden encubrir su miedo, hablándonos de amor a la humanidad, ellos, los egoístas de patria universal, los que no se sienten capaces de sacrificios por su propia patria”. Según Palacios el chileno siente desprecio por el comercio porque sus dos sangres provienen de estirpes guerreras: “Los cambios en la psicología de los pueblos son –dice– lentos, porque sólo la selección los procura”. También percibe como parte de la psicología matriarcal a los letrados de oficio. Y a la aristocracia que identifica con el dinero fácil, sin esfuerzo, esa clase afrancesada que se adorna con todo tipo de afeites y que vive preocupada del qué dirán y de las superficialidades externas. Todos ellos son reflujos de una estirpe matriarcal ajena a los rasgos perdurables de la raza chilena, elementos que en definitiva amenazan la estabilidad y el futuro de

la nación. Ante la feminización de la raza que se va imponiendo en las costumbres, Palacios da la voz de alarma, responsabilizando de este peligro a la oligarquía, a la plutocracia y a la *belle époque* criolla. También son matriarcales –dice– el socialismo, el comunismo y “el judío Marx”.

¿Pero qué entiende Palacios, exactamente, por estirpe o raza matriarcal y por una estirpe patriarcal, como la chilena?

“Uno de los rasgos psicológicos más trascendentales que separan –dice– a la especie humana patriarcal de la matriarcal es la íntima convicción que asiste a los primeros de la desigualdad natural que existe entre la capacidad de un hombre y la de otro hombre. La deficiencia mental de las razas matriarcales para el análisis objetivo es lo que las hace incapaces para apreciar las diferencias entre los hombres. Ese y otros signos de retraso en la evolución cerebral de estas razas se explica porque en la selección a que han estado sometidas, ha faltado uno de los motivos más poderosos de la lucha, la lucha por la reproducción, y cuando ella ha existido ha sido débil, y en su totalidad, o en su mayor parte, dirigida por la mujer, para la cual las dotes cerebrales de inteligencia o de carácter nunca han sido causales de predilección. Este arraigado convencimiento en la nulidad de la selección social para llevar a los puestos superiores a los más aptos para desempeñarlos, les hace dar poca o ninguna importancia al sistema de provisión de empleos que más íntimamente hiere los sentimientos de justicia y las aspiraciones de ascenso de la escala social de las razas patriarcales. Me refiero –dice Palacios– al nepotismo, al favoritismo, compadrazgo o como quiera llamarse, que es marca típica de los gobiernos de psicología matriarcal”.

En su pensamiento la concepción que opone lo patriarcal a lo matriarcal se fundamenta en un determinismo biologista, las razas conquistadoras guerreras tendrían una psicología patriarcal, en cambio, aquellas que son sometidas en la guerra, o que se dedican a actividades como el comercio o que se mezclan con razas que no son afines, aquellas –dice– son razas matriarcales. La feminización y masculinización responden a una mirada biológica o zoológica: en el reino animal y en la lucha por la supervivencia del más apto, el macho es considerado superior. En la teoría de Darwin la hembra de la especie es más frágil que el macho y necesita de protección⁷⁸. La biología genera –se pensaba entonces– aptitudes y actitudes distintas en hombres y mujeres. Se trata, por cierto, de la mirada imperante en las primeras décadas del siglo pasado. Re-

⁷⁸ Diana Veneros, *Perfiles revelados. Historia de mujeres en Chile*, Santiago, 1997.

cordemos que en Chile por esos años Valentín Brandau en *Caracteres mentales de la mujer* (Santiago, 1908) cita a Darwin, Spencer, Lombroso, Max Nordau y Moebius como estudiosos que avalan la inferioridad biológica y psicológica de la mujer y dice lo siguiente:

“La mujer carece de YO, reproduce la visión que el hombre tiene de ella, por esta razón son incapaces de elevarse por encima de la rutina y pensar de un modo original”.

Ideas similares, con mayor rigor y densidad filosófica, se encuentran en *Sexo y carácter*, de Otto Weininger, publicado en Viena en 1903, libro que tuvo numerosas ediciones a partir del suicidio del autor, ocurrido ese mismo año. Se trata de un estudio de biología y caracterología cuyas ideas tuvieron enorme influencia en su época. Weininger plantea que no existen seres vivos unisexuales. Sostiene la tesis de la intersexualidad, lo que permite –dice– una mejor descripción caracterológica del individuo, e incita a buscar la proporción de masculinidad y femineidad que se da en cada sujeto. Según el pensador austriaco todas las mujeres que han alcanzado fama por algunas de sus condiciones espirituales, presentan numerosos rasgos masculinos y también a veces caracteres anatómicos propios del varón. Sostenía que “la necesidad y capacidad de emancipación de una mujer se basan en la fracción de hombre que ella tenga”. La mujer, en esta perspectiva, carece, según Weininger de personalidad trascendental, “no tiene yo”. El alma, la voluntad y el carácter, sostiene el autor, son propiedades de la condición masculina.

En la valoración que hace Palacios de los rasgos patriarcales y masculinos de la raza chilena están sin duda operando estas ideas. Dentro de su afán por resaltar los rasgos patriarcales, épicos y belicistas de la raza chilena, Palacios hace una defensa de los araucanos, principalmente de su carácter indómito y guerrero, pero también de algunos de sus hábitos y costumbres. En el roto hay una presencia del araucano, incluso en su fisonomía, que abarca según el doctor Palacios desde el “roto rubio de ojos azules y dolicocefalo, con 80% de sangre goda”, hasta el moreno de “cabello chuzo y tieso, braquicefalo, con 80% de sangre araucana”. La defensa que hace Palacios de los mapuches y de los sectores más modestos de la sociedad, han sido vistas con simpatía por algunos de sus lectores contemporáneos. La visión de Palacios contradecía no sólo los estudios etnohistóricos de Tomás Guevara, sino también y sobre todo, la visión oficial y de la elite sobre los araucanos. En *Republique du Chili*, documento oficial en francés, publicado en Leipzig en 1903, preparado por el Estado de Chile para atraer europeos que viniesen como colonos al sur del país, se dice, literalmente, lo siguiente:

“Después de haber reprimido con energía, en 1882, el último alzamiento de los araucanos que todavía pueblan algunos puntos del sur del país, el gobierno tomó la decisión de ofrecer gran parte de esas tierras fértiles a la inmigración europea. En el curso de este esfuerzo, entre 1883 y 1890, el gobierno ofreció condiciones extremadamente ventajosas a los colonos europeos. La República de Chile cubre una parte de los gastos de viaje y le entrega tierras a los colonos, en pocos años varios de ellos lograron importantes éxitos. Y hoy, en esas vastas tierras incultas donde hasta 1882 sólo vagabundeaba el indio salvaje, hoy se levantan pueblos, caseríos, villas y campos intensamente labrados, cubiertos de legumbres, cereales y de todos los tipos de frutas que se encuentran en Europa”.

El libro de Palacios, que también es un alegato contra estas políticas de migración, muestra un cuadro muy diferente tanto de los araucanos como de la experiencia colonizadora, particularmente de lo ocurrido en Maullín, con la migración italiana. Desde esta perspectiva el libro pertenece al género de denuncia y advertencia; denuncia de políticas públicas que sin embargo pierde vigor al estar enmarcada en una teoría racial sin base objetiva. De la mano de esa teoría extravagante, que vincula a araucanos con godos, se gesta una reelaboración de la identidad nacional, que amplía sus fronteras dándole cabida al “roto” y al “araucano”. Chile sería –de acuerdo a la visión de Palacios– una nación primordial y no artificial.

Raza Chilena, conlleva también un relato de la nación y una escenificación del tiempo histórico. En su concepción cíclica de la historia vinculada a los vaivenes de la raza, el autor distingue un primer ciclo patriarcal que corresponde a la conquista, al momento en que los godos imponen los rasgos físicos y síquicos de su estirpe. Luego, con el cruzamiento, viene un ciclo matriarcal, con retrocesos y con un lento afiatamiento. Posteriormente, con la presencia de ideas foráneas y de colonos extranjeros acompañada por la decadencia de una elite afrancesada, se va produciendo un debilitamiento y una ampliación del ciclo matriarcal, lastre que es –según Palacios– el que amenaza al país (después de Portales y Montt, “llegó a Chile –dice– la era de las lágrimas femeninas”). Hay, por lo tanto, relaciones de anterioridad con un “ayer” liberal y plutocrático, con un lastre que el autor rechaza y que se ha plasmado en un “hoy”, en un tiempo presente de crisis que amenaza y pone en peligro al alma nacional. Los términos de la crisis son más o menos similares a los planteados por otros autores de la época. Hay también un “mañana”, un país postulado para el cual se hace necesario, en primer lugar, “restablecer el alma de la raza” y “rechazar la sicología matriarcal advenediza... Entre esos males el más grave –dice– es

▷ la introducción forzada y en gran escala de extranjeros. Hay que cortar de raíz ese mal, pronto y a toda costa”.

Se trata para Palacios –como también más tarde para Encina– de preservar los valores de la raza, de modo que ésta se fortalezca en términos de una fisonomía moral uniforme con rasgos psicológicos estables, que se manifiesten en un pueblo fuerte, trabajador, industrial, osado, que proyecte su espíritu guerrero en el mundo moderno. El modelo de esta utopía es nuevamente Estados Unidos, la pujanza, la independencia económica, la democracia individualista, incluso Palacios destaca a los “yanquis” por la sencillez de su ropa en comparación con el afrancesamiento del santiaguino y su permanente afán por vestir “a la dernière”. La masculinización de la identidad futura del país, hay que vincularla también al campo metafórico que concibe el desenvolvimiento en términos etarios: niñez (el ayer), adolescencia, etapa de crisis (el hoy) y hombre (el mañana), futuro que implica el desafío de transformar el país en base a una selección social y racial meritocrática, tal como ocurre, según Palacios, en los Estados Unidos.

El libro de Palacios junto con situar el concepto de raza chilena como equivalente a nación, establece una malla de significaciones y de oposiciones valóricas, un imaginario binario al que contribuyen una red de representaciones articuladas entre sí:

Sicología Patriarcal versus sicología matriarcal

industria – comercio	
patria – humanidad	
militares – letrados	
guerra – paz	
pueblo – aristocracia	
roto – caballerito	
sobriedad – afeites	
lenguaje directo – rebuscado	
anglosajón – latino	
germano – judío	
empresarios – mercaderes	
Estados Unidos – Francia	
valientes – cobardes	
pueblo emergente – aristocracia decadente	
ideas integradas al cuerpo social – ideas sobrepuestas o advenedizas al cuerpo social	
sectores bajos que conservan la tradición – sectores altos con tendencia cosmopolita	
educación orgánica – educación aplicando modelos extranjeros	

Este conjunto binario de representaciones que se contraponen no es por supuesto de uso exclusivo de Palacios, está presente, con distintos énfasis, en casi todos los pensadores y políticos de las primeras décadas, también en discursos y rituales cívicos. En sus *Memorias*, Iris, Inés Echeverría, relata una comida en casa de Le Bon, en París (1925), en que Arturo Alessandri pronunció un discurso sobre la influencia de Le Bon en su administración. Puede hablarse de una mentalidad, de una representación colectiva. Lo que hace Palacios es ampliar la trama nacionalista hacia la raza, y darle la respetabilidad y el formato de un tratado. Sin embargo, el conjunto de oposiciones corresponde en gran medida a una semántica operante, a un dominio discursivo ampliamente compartido. Eso explica que la idea de una supuesta raza chilena se adopte de modo rápido y acrítico. Carece de importancia si ésta tiene o no un correlato real, objetivo: se la adopta porque funciona, y funciona porque es una representación que integra a sectores antes excluidos; porque inventa una tradición que prolonga el mito de la excepcionalidad del país; porque crea una suerte de ciudadanía étnico-cultural más amplia que la ciudadanía política de cuño liberal. Funciona por su nacionalismo estridente. Funciona porque apela a una unidad nacional que obedece a una integración racial; funciona, también, porque asume una idea muy difundida en las primeras décadas: la idea de que la sociedad era un organismo análogo a la naturaleza; un “cuerpo” sujeto a cambios y a evolución a través del tiempo, proceso en el que la idea de raza y de selección social formaban parte. Funciona, por último, porque le da aire y espacio a la vieja ideología de la homogeneidad del país, en legitimación del dominio de una elite política. En síntesis, funciona porque es funcional al imaginario tradicional y nuevo de la nación.

PENSAMIENTO OPERANTE E IMAGINARIO

La equivalencia entre unidad nacional e integración en una raza de rasgos peculiares, a la que se le da el nombre de “raza chilena”, forma, como señalábamos, parte del imaginario y del pensamiento operante en las primeras décadas. Son cientos los discursos intelectuales, políticos, sanitarios, patrióticos y militares que permiten demostrar lo afirmado. Hubo también, por supuesto, discursos críticos, que planteaban que no había que ensimismarse en la idea de raza, pero eran los menos. Revisaremos, a modo de

ejemplo, entre los primeros, sólo unos pocos. Luis Orrego Luco, en 1904, en un recuento del país valoriza a Portales como el “que apreciaba las condiciones históricas de una raza, heredada en doscientos años de Colonia... y comprendía lo prematuro de un liberalismo que pretendía, saltando por encima de las costumbres, de las ideas, de las tradiciones y del modo de ser, implantar un sistema de gobierno ampliamente democrático en un país en que muy pocos sabían leer, y casi nadie comprendía la noción elemental de sus derechos”⁷⁹. Además de explicar el devenir histórico por las alternativas de la raza chilena, utiliza la teoría de una asimilación lenta de ideas por el cuerpo social, teoría que toma de Le Bon⁸⁰. El diplomático guatemalteco Eduardo Pourier, en los libros que preparó por encargo del gobierno para el Congreso Panamericano de 1908 y para el Centenario de 1910, habla de la raza chilena y de su conformación mental uniforme, utilizando, al modo de Palacios, una mezcla de ideas impresionistas y de argumentos pseudocientíficos: “el horror al amaneramiento, al disimulo y al detalle constituyen otros distintivos de la índole del chileno. En él parece haberse operado una singular fusión de las excelencias del alma latina con el espíritu práctico y expeditivo del carácter sajón, si bien alternadas estas últimas cualidades por los retardatarios atavismos de nuestra idiosincrasia nativa”⁸¹. En *Sinceridad. Chile íntimo* (1911), Alejandro Venegas (Dr. Valdés Canje) junto con advertir que su libro no es una elegía del desaliento, les dice a los jóvenes “tengo fe en las fuerzas vitales de nuestra raza joven, tengo fe en que hay muchos elementos dañados que pueden regenerarse”.

Morales Reynoso, un militar español que visitó el país, escribe en 1911: “la raza chilena es la fusión de indígenas con españoles... el producto de la raza araucana con la gótica, en cuya fisonomía se muestran caracteres especiales de ambas razas”, habla luego de la hidalguía, del espíritu de sacrificio, de su “entereza y virilidad en las ocasiones de mayor peligro”⁸². Julio Vicuña Cifuentes, los educadores vinculados a la Asociación de Educación

⁷⁹ Luis Orrego Luco, *Chile contemporáneo*, Santiago, 1904.

⁸⁰ Para Le Bon por bien dotado que fuese un pueblo, su facultad de absorber ideas o elementos nuevos era muy escasa. “Las células cerebrales no asimilan en un día lo que ha necesitado siglos para constituirse y lo que ha sido adaptado a sentimientos y necesidades de organismos diferentes de los que ahora le adoptan”. Para Le Bon las ideas pasaban lentamente al inconsciente para transformarse en necesidades y sentimientos, sin ese proceso de siglos, no significaban nada, eran solamente ideas sobrepuestas al cuerpo social. *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples*, op.cit.

⁸¹ Eduardo Pourier, *Chile en 1908*, Santiago, 1909 y *Chile en 1910*, Santiago, 1910.

⁸² Morales Reynoso, *República de Chile*, Santiago, 1911.

Nacional y a sus revistas, Encina y Alberto Cabero, entre muchos otros, aceptan de modo implícito o explícito la idea de que en el país existe una raza con rasgos diferenciales, una “raza chilena”. Es cierto que no todos coinciden punto por punto con las teorías del Dr. Palacios, por ejemplo Encina, en *Nuestra inferioridad económica* (1911), dice: “nuestra raza está formada por dos elementos étnicos cruzados en buenas condiciones biológicas, tiene una relativa unidad antropológica, pero en el grado de civilización” carece de unidad. Para Palacios había, en cambio, como señalamos, unidad, incluso se refiere a la uniformidad en la fisonomía moral de ambos componentes. Alberto Cabero en *Chile y los chilenos* (1926) acepta que la raza latina ocupa un lugar inferior a la anglosajona, pero dice que la misma no debe ser vilipendiada. Hay que combinar –sostiene– “el sentido práctico de la raza anglosajona con los ideales y el sueño de la raza latina”. A pesar de estas diferencias, lo importante, sin embargo, es que Encina y Cabero, al igual que el resto, aceptan la idea básica de Palacios: la existencia de una raza chilena con rasgos somáticos y mentales diferenciados. Hasta un intelectual que se ubica en una perspectiva contrahegemónica, como Vicente Huidobro, aceptaba, en 1925, algunas implicancias del pensamiento étnico racial, aunque lo hacía para terminar afirmando un pensamiento cosmopolita que entre líneas se burlaba de él. Huidobro refiriéndose al alcoholismo y a los males que éste causaba a la raza chilena, dice:

“La raza degenera por el alcohol y por la mala alimentación: da pena mirarlos. ¡El pueblo de hoy no sería capaz de tomarse el morro de Arica, no me canso de predicar por la inmigración... necesitamos dos millones de hombres rubios de los países del Norte de Europa. El peligro para Chile no es el extranjero, sino el chileno... empecemos sin tardanza la gran cruzada pro inmigración si queremos salvar a Chile”⁸³.

Es significativo, como indicio de pensamiento operante, la presencia de estas ideas y del concepto de raza en la prensa, incluso en avisos publicitarios, lo que de alguna manera muestra que algunas de sus proyecciones más aberrantes se encuentran instaladas en el sentido común de la época. En la revista *Zig-Zag* (agosto, 1907) aparece la siguiente reproducción:

⁸³ Vicente Huidobro, “Las zonas secas y la raza”, 1925.



Judia japonesa



Judio de raza negra



Judio chino

ES un hecho innegable que en los hijos de Israel se ha cumplido aquel anatema que los condenaba a vivir como proscritos y llevando en su rostro el sello imperecedero de su origen.

Vayan para ejemplo de lo que aseveramos los tipos que ostentan nuestros retratos, y que pertenecen a dos razas

diversas: a la etiópica y a la mongólica.

El negro es originario de la isla de Kiwai (Nueva Guinea); el chino de Kai-fengtu, antigua capital del medio imperio y el tipo japonés corresponde al de una de tantas mujeres israelistas que hai en Tokio.

Todos ellos revelan marcadamente su origen israelita; nos basta para compro-

barlo el llamar la atención hacia la forma curva de la nariz.

Estos ejemplares han sido recojidos por Mr. Oliver Bainbridge, conocido etnólogo, quien ha acompañado a los retratos un estudio interesante sobre el origen de estos tipos en las diversas naciones en que fueron encontrados y que arroja mucha luz sobre esta interesante materia.

La idea de raza con fundamentación biológica y la visión peyorativa de la raza judía como una raza "proscrita", sin patria y sin nación, son, en esta información, evidentes. Un aviso, aparecido en la revista semanal de novelas cortas, *Lectura Selecta* (4-2-1927), muestra la incorporación de la idea de una raza chilena y de la eugenesia en los programas de higiene social :

PROFILÁCTICO PRO RAZA CHILENA

**Preventivo eficaz contra las enfermedades de trascendencia social,
preparado por la Liga Chilena de Higiene Social.**

Se vende en todas las farmacias del país.

PRO RAZA CHILENA

La mejor demostración de que el sistema semántico que le da forma al libro de Palacios corresponde a un pensamiento operante en la época, es el arraigo y circulación de esas ideas en áreas tan alejadas de la disquisición histórico-racial como es la de la apreciación literaria. En 1915, un crítico de periódico, con el seudónimo de Bedel ("Psicoanálisis de Mariano Latorre"), a propósito de un libro de cuentos de Latorre, lo alaba porque para escribir se "documenta como un hombre de ciencia, como un geólogo". Luego lo contrapone a los escritores subjetivos, al autor confesional que abre su intimidad o relata sus pasiones. El esfuerzo documental y objetivo de Latorre corresponde, dice, "a una literatura viril, de varón". Abundan las críticas a la poesía modernista o postromántica, que hablan de una "caterva de poetas decadentes, plenos de tintas crepusculares y aristocratismo enfermizo, escritores que se desviven por los afeites y las sonoridades huecas"⁸⁴; críticas que en definitiva feminizan a los epígonos de la sensibilidad literaria modernista, contraponiéndoles una producción poética de corte vernacular o criollista.

Años más tarde, frente a voces emergentes de la poesía chilena, este tipo de críticas se repite. El propio Mariano Latorre, en 1924, refiriéndose a Huidobro y Neruda, fustiga la nueva poesía señalando que "se echa de menos la poesía varonil, con raíces en la vida, de la generación anterior" (se refiere a Carlos Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva y Daniel de la Vega). Latorre divide a la literatura chilena de la época en dos tipos de escritores: en escritores *vasijas* (que imitan a autores foráneos) y escritores *vertientes* (que generan obras desde sí mismos), feminizando así a los primeros, a los modernistas y europeizantes, y masculinizando a los criollistas. Este tipo de valoraciones, a juzgar por una encuesta de poetas efectuada en 1918 por la revista *Zig-Zag*, reflejaba un gusto compartido por amplios lectores. Hay testimonios de los propios poetas que confirman la vigencia de un esquema de valoración polar en torno a lo femenino y lo masculino, testimonios que son indicios del grado de aceptación que tuvo este esquema. Pablo de Rokha, por ejemplo, en su autobiografía, recordando su alejamiento del registro modernista y el despertar de su voz poética entre 1913 y 1914, masculiniza su iniciación, percibiendo su propia voz como "un animal potente", como el "toro o el potro", como "el macho que está alerta". En cambio de Huidobro, que había sido su amigo en sus comienzos

⁸⁴ Benjamín Vicuña Mackenna, *Memoria sobre la producción intelectual en Chile*, Santiago, 1909.

modernistas, dice que “escribe por lujo ocioso de rico (....) que extrae sus poemas de su biblioteca, de Verlaine, Baudelaire, Apollinaire y Rimbaud (....) esta gente (....)”, dice De Rokha, “está podrida, están marcados y degenerados, son unos cobardes y afeminados que escarban con el hocico la pesebrera literaria de Europa”.

Podría argumentarse que estos juicios no debieran extrañar, puesto que a fin de cuentas atribuyen como valor positivo “rasgos varoniles” a una poética o a una producción literaria producida, biológicamente hablando, por “varones”. Sin embargo, en la época también abundan textos que neutralizan esta observación. Julio Molina en *Selva lírica*, antología poética de 1917, dice de Gabriela Mistral, literalmente, que lo que la ha consagrado es “su estilo varonil”. Ricardo Sánchez, en 1921, elogiando unas conferencias dictadas en 1907 por Amanda Labarca y publicadas luego como libro, dice que “éstas exhiben un extraordinario coraje y un estudio robustecido en la meditación”. Refiriéndose luego a la obra *Actividades femeninas* de Amanda Labarca, la ensalza, señalando que “en ella hay ensayos sociológicos que revelan un talento verdaderamente varonil”. Alicia Larde Venturino publica en 1925 un libro de poemas con prefacio de Santos Chocano, su título es *Alma viril*.

Incluso en ámbitos ajenos a lo literario se encuentran referencias semánticas similares: en el periódico *El eco de la Liga de las Damas Chilenas* (1912), a propósito de las Fiestas Patrias, la presidenta de esta Liga de damas conservadoras, pronuncia un discurso en que con fervor llama a sus asociadas a combatir las malas costumbres y la inmoralidad con –y cito textualmente– “los corazones llenos de temple viril”. Se hace patente, entonces, que “lo varonil” no se corresponde con el género masculino, ni se agota en el rol sexual, sino que más bien su significación atrae componentes psicológicos y sociológicos vinculados a cierta actitud vital e intelectual, actitud que puede ser asumida indistintamente por miembros de uno u otro sexo. ¿En qué consiste, cabe preguntarse, esta actitud en el plano intelectual y creativo? Armando Donoso, refiriéndose en 1922 a Alejandro Venegas, afirma que “su talento es de una vigorosa masculinidad”. El crítico explica lo que entiende por tal: se trata, dice, de usar “la palabra clara y precisa”, sin adornos, de tener la capacidad de ver “lo que hay tras las apariencias, tras los afeites y cosméticos”⁸⁵.

Tal como en el libro de Palacios, en numerosos artículos periodísticos y en ensayos sociales de las tres primeras décadas se productiviza, desde la

⁸⁵ Armando Donoso, prólogo a Alejandro Venegas *Por propias y extrañas tierras*, Santiago, 1922.

perspectiva de la identidad de género, el tema de la “apariencia y los afeites”, convocando significaciones de índole sociológica, antropológica, histórica y política. Joaquín Edwards Bello, en sus crónicas del Centenario, refiriéndose al centro de Santiago, dice que éste revela, mejor que cualquier texto histórico, la índole femenina de la sociedad (tradicional) chilena. “La gente –dice– sale al centro para *s’afficher*, para exhibirse, para demostrar que existe, para pasar lista y para comprobar que no le han bajado los bonos personales”. También en obras literarias la oligarquía citadina y la *belle époque* criolla aparecen feminizadas desde idéntica perspectiva, mientras que a las capas medias y populares, y sobre todo al roto, se los masculiniza. En la polémica sobre la legalización de la lotería y juegos de azar que se dio en los periódicos de la primera década, se vincula la obtención de beneficios sin trabajo y la especulación en la bolsa a lo femenino y a una ética propia de la raza latina, mientras el esfuerzo y el sentido pragmático son vinculados a una actitud masculina y a una ética calvinista anglosajona.

Todo lo señalado forma sistema con la “feminización de la sociedad chilena” diagnosticada por el Dr. Palacios. ¿Por qué, cabe preguntarse, ni Amanda Labarca, ni Matilde Brandau, ni Iris Echeverría, ni las feministas europeas que visitaron el país, como Belén de Sárraga, por qué ninguna de ellas se hizo cargo de estas alusiones “sexistas”? ¿Es que no se sentían, acaso, aludidas? ¿Cómo explicar, además, esta constante tematización peyorativa de lo femenino en un período en que, desde el punto de vista histórico, la mujer se organizaba y alcanzaba avances en la educación, en el trabajo y en los ámbitos profesional e intelectual? Todo indica que más que como referencias peyorativas a lo femenino fueron leídas alegóricamente, en el contexto de significaciones que animan el imaginario semántico de Palacios y que en gran medida formaban parte del clima intelectual de la época. Tras este imaginario late una imagen de la nación que se rechaza: una nación matriarcal que corresponde a lo foráneo, a la oligarquía afrancesada, al ocio y a la especulación, a la raza latina en decadencia, a los inmigrantes, al modernismo y a las poéticas cosmopolitas, al liberalismo y al parlamentarismo ineficiente, a la *belle époque* criolla, a los juegos de azar y a los políticos pusilánimes. La nación patriarcal, en cambio, corresponde a la industria, al espíritu emprendedor y guerrero, al roto, al régimen presidencial, a las figuras de Portales y Prat, al orden, a la raza gótico araucana, a una literatura que no debía ser escapista y que debía rescatar las tradiciones vernáculas. La imagen de nación camino a ser adulta y masculinizada, conlleva, entonces, un proyecto de futuro, y una vocación por transformar el país, animada por un nacionalismo nuevo, de cuño integrador y mesocrático.

POLÍTICAS PÚBLICAS

El conjunto de representaciones que hemos examinado genera variadas pautas de acción. En la última década del siglo XIX y en las primeras del siglo XX existe preocupación pública y abundante literatura acerca de lo que se llamó entonces "la cuestión social". El alcoholismo, la prostitución, la mortalidad infantil, el hacinamiento insalubre en conventillos y piezas, fueron temas largamente discutidos e incluso documentados con cifras y estudios. En 1904 los periódicos consignaban que la tasa de mortalidad infantil en Chile se encontraba entre las más altas del mundo. Proliferan artículos, discursos y conferencias sobre la cuestión social, la conciencia del problema reactiva la preocupación por la raza, por subsanar sus debilidades y asegurar las mejores condiciones posibles para su desarrollo. Problemas de salud, de higiene, de educación fueron tratados desde el punto de vista de la preservación y desarrollo de la raza, primero por sectores de la sociedad civil y luego por el Estado, o por instituciones paraestatales como la Universidad de Chile.

La Asociación Nacional de Educación llevó a cabo una constante labor en este campo. Desarrolló una lucha contra el alcoholismo. Uno de sus fundadores, el Dr. Carlos Fernández Peña, fundó la Liga Chilena de Higiene Social, organismo que junto con la Asociación Nacional de Educación, promovió la vida deportiva, la educación física, la continencia alcohólica y los trabajos manuales. La preocupación por estos temas no fue únicamente discursiva: la Liga Chilena de Higiene Social consigna que en el año 1924 se dieron con su patrocinio 128 conferencias con asistencia de 95.000 personas, se repartieron 22.228 folletos y 206.000 volantes, 189.959 silabarios de la raza y 10.812 afiches. Toda esta labor se realizaba en el marco de las ideas eugenésicas.

En las primeras décadas, en el plano internacional, las ideas eugenésicas y el concepto de raza tenían legitimidad científica, sobre todo en el campo de la medicina y de la salud pública⁸⁶. Ya en 1912 se realizó en Londres un gran Congreso Internacional de Eugenesis con participación de 750 delegados. En medicina y salud pública se fue configurando una corriente anglosajona, que influida por las ideas de Mendelson, propiciaba una eugenesis negativa, que buscaba impedir la procreación o reproducción de personas consideradas biológicamente dañinas. Otra corriente de pensamiento, la eugenesis positiva, era

⁸⁶ Nancy Leys Stepan, *The hour of Eugenics. Race, gender and nation in Latin America*, Cornell, USA, 1996.

partidaria de la prevención y de la higiene, pero no de la intervención biológica o de la esterilización forzada. Estos temas fueron profusamente discutidos en diversos Congresos, incluso en uno que se celebró en Santiago, en 1923.

La eugenesia o “arte de buen engendrar”, fue propuesta por Francis Galton (1822-1911), primo de Darwin, quien publicó un tratado sobre la herencia: *Hereditary genius, its laws and consequences* (1869), en que proponía un sistema de matrimonios seleccionados con el fin de mejorar la raza. Galton pensaba que la especie humana podía mejorarse científicamente; una vez fecundado el embrión los rasgos hereditarios se consolidaban de modo definitivo y se hacía imposible imprimirles nuevos rumbos, de allí que se debía actuar antes de la reproducción para garantizar que la herencia con sus leyes implacables no marcara para siempre al nuevo ser en la desgracia. Galton fue quien acuñó el término “eugenésico” (eu=bien, genesis=engendramiento). La “eugenesia era el estudio de los factores socialmente controlables para elevar o descender las cualidades raciales de las generaciones futuras, tanto física como mentalmente”. Abarcaba, en esta perspectiva, la higiene social, y la lucha contra el alcoholismo, la propaganda, la planificación sanitaria, la mejora de la vivienda y de la nutrición. En Alemania, se interesaron vivamente por sus ideas, sobre todo por la aplicación de la leyes de la herencia al perfeccionamiento de la raza. A partir de 1904, Galton puso en práctica estas ideas en Inglaterra. Siguiendo su ejemplo, se crearon en Francia y Estados Unidos sociedades eugenésicas. En el estado de Indiana, en Estados Unidos, en 1908, se instituyó la castración de los criminales sexuales, para evitar que pudiesen procrear⁸⁷. La idea de tomar medidas para que los locos, los criminales, los sifilíticos y los alcohólicos no tuvieran descendencia era parte de la eugenesia negativa, que se proponía precaver la descendencia cuando habían taras hereditarias. La incentivación o certificación de parejas o matrimonios seleccionados, pertenecía, en cambio, a la eugenesia positiva. La eugenesia tenía el *status* de una ideología científica injertada en el darwinismo y adosada al biologismo. La ciencia debía colaborar a la selección social. Tanto la Asociación Nacional de Educación, como la Liga Chilena de Higiene Social, conocieron estas ideas y las aplicaron, tal como se desprende del aviso contra las enfermedades venéreas o de “trascendencia social” que promovió la Liga.

Temas como la educación de la mujer, el deporte, la higiene y salud pública fueron tratados en la prensa en el marco de las ideas eugenésicas. El Dr. A. Moraga Porras en *Influencia de la cultura física en la formación del carácter. Educación física de la mujer* (Santiago, 1911), argumentaba que es más importante el

⁸⁷ Doctor Hans Betzhold, *Eugenesis*, Santiago, 1939.

desarrollo físico de la mujer que su desarrollo intelectual, ya que lo físico es lo que incide en una mejor procreación y que permite que la mujer dé a la patria “hijos robustos y sanos que contribuirán sin duda al perfeccionamiento de la raza”. Tal era, para el Dr. Moraga, el rol social y moral básico de la mujer. Lombroso, el jurista y social-darwinista italiano, sostenía que la menstruación y la maternidad incidían desfavorablemente en la actividad mental de la mujer⁸⁸. La gimnasia y la práctica del deporte aparece también ligada a estos temas.

En una entrevista de un periódico de la época a Joaquín Cabezas, Director del Instituto de Educación Física (a cuya creación estuvo vinculada la Universidad de Chile), éste señala que:

“Es cosa perfectamente probada que los ejercicios físicos son la base más sólida para el desarrollo de una raza fuerte. Ya no se discute la necesidad de establecer la educación física sistemática, en todos los grados de la enseñanza primaria y secundaria. El gobierno, comprendiendo esto, ha establecido la enseñanza de gimnasia en forma obligatoria, pero fijándole desgraciadamente dos horas semanales, en los programas. Ese tiempo no basta para dar al cuerpo la ración de ejercicio que necesita para establecer el equilibrio que debe existir en el desarrollo de las fuerzas mentales y corporales de los educandos”.

La idea de que la decadencia física y fisiológica implicaba miseria intelectual estaba plenamente arraigada en los educadores. De allí la unidad de concepción que se daba entre los higienistas y los profesores de educación física y de ramos intelectuales. Ese fue también uno de los argumentos que utilizó la Asociación de Educación Nacional para batallar por la igualdad salarial de los profesores de ramos técnicos y deportivos en relación al resto del magisterio. El hecho de que un periódico haya tratado editorialmente la preocupación por el “decrecimiento que se nota en nuestra raza” y haya propuesto varias medidas vinculadas a higiene y educación, además de la idea de reinstalar una Fiesta de la Raza Chilena en que se otorgarían premios a las familias más numerosas y mejor constituidas, es revelador de la aceptación que tenía en la opinión pública la idea de llevar adelante políticas de salud y deportes con una perspectiva eugenésica.

En las primeras décadas, particularmente después de 1910, se constata un reforzamiento social y un cierto auge deportivo. El *Baedecker de la República de Chile*, de 1910, señala que “caracterizando la virilidad de la raza chilena, en todas las

⁸⁸ Diana Veneros, “Continuidad, cambio y recreación”, en Diana Veneros R.T., *Perfiles revelados. Historias de mujeres en Chile*, Santiago, 1997.

principales poblaciones del país se encuentran (hoy) centros deportivos, en los cuales todas las clases sociales practican el desarrollo físico con digno entusiasmo y perseverancia". "Sólo en los últimos 10 años –señala una publicación de 1916– el país ha despertado a la vida deportiva en una forma que indica que la afición a los deportes físicos ha de ir de día en día en aumento"⁸⁹. La vinculación de la actividad deportiva, por una parte, con la mujer y su salud como reproductora, y, por otra, con la virilidad, muestra la articulación estrecha de la gimnasia y el deporte con el imaginario étnico racial. En 1916, el Estado ya ha promovido la incorporación de ejercicios físicos en la educación y, sobre todo, a partir de 1920, empezará a tomar medidas directamente vinculadas al fomento del deporte.

En la lucha contra los altos índices de mortalidad infantil, instituciones privadas como La gota de Leche o el Patronato Nacional de la Infancia, vinculadas a la elite, asumieron su labor con una perspectiva eugenésica. La Gota de Leche, servicio organizado territorialmente en pro de la lactancia y la puericultura, proclamaba la necesidad de resguardar la salud y la vida de los niños y madres de sectores populares, en función de la preservación de la raza, y de su "universalmente reconocida humanidad"⁹⁰.

Es, sin embargo, en el ámbito de la educación pública donde mayor relevancia adquiere la eugenesia positiva. La Asociación Nacional de Educación contaba con una sección dedicada a la Higiene Escolar y otra a la Educación Física. En una sesión de la Asociación el profesor Germán Muñoz propuso un proyecto para la constitución de la "Sociedad Nacional de Protección y Fomento de la Raza Chilena". Los fines de la misma serían, según el proyecto, los siguientes:

"1. Hacer un estudio científico sobre la mejor manera de seleccionar naturalmente una raza chilena sana de músculo y cerebro. Servirían como principales fuentes de información las asociaciones que aisladamente en el país se ocupan directa o indirectamente de la raza, ya sea como instituciones de beneficencia, de propaganda antialcohólica, de enseñanza física, etcétera.

2. Formular en un plan de trabajos los resultados a que haya llegado el estudio científico anterior y vulgarizarlo en todas las esferas sociales del país por cuanto medio de propaganda estuviere a su alcance. La Sociedad no invadiría el campo de la beneficencia; su acción se orientaría hacia el cultivo del individuo sano.

⁸⁹ German Márquez, *Libro internacional sudamericano*, Santiago, 1916.

⁹⁰ María Angélica Illanes, "Maternalismo popular e hibridación cultural en Chile, 1900-1920", *Nomadías*, Facultad de Filosofía y Humanidades, U. de Chile, Serie monográfica, Santiago, 1999.

3. Celebrar exposiciones anuales de homocultura para discernir premios a los mejores ejemplares de raza chilena que se exhiban cultivados conforme a las instrucciones de la sociedad. Reglamentos especiales regirían la forma de estas exposiciones, como asimismo la dación de datos sobre los individuos expuestos.

4. La Sociedad procuraría influir con sus consejos en el cultivo científico del hombre desde su nacimiento hasta los veinte años a lo menos, en los dos sexos.

5. La Sociedad contribuiría a la formación de estadísticas etnográficas del pueblo chileno.

6. Abrir en el Local de la Sociedad Nacional de Agricultura una sección especial para premiar al mejor grupo de inquilinos que se presente, social, económica, moral y antropológicamente considerados, grupos que servirían de tipo modelo para recomendarlo a los demás hacendados de la República, y finalmente:

7. Como un homenaje al Centenario de la Independencia abrir en el presente año en el Instituto de Educación Física una exposición de guaguas menores de un año, es decir de todas las nacidas en el Centenario de 1910, otorgando premios a las más sanas y mejor constituidas"⁹¹.

El proyecto fue aprobado por la Asociación Nacional de Educación, e incluso se convocó a un concurso de infantes, con el patrocinio del Ministerio del ramo. En la Conferencia de Educación Nacional de 1912, en que participó la flor y nata del nacionalismo educacional, uno de los temas centrales fue el mejoramiento y progreso de la raza, y el rol que en esa perspectiva debía desempeñar la escuela a través de la implementación de hábitos de higiene, de la educación física y de los deportes. Comentando este evento el diario *La razón* (1-8-1912) dice: "la higiene pública y privada es asunto de vital importancia; ella nos acerca al ideal de perfección de la raza; si hoy, en pésimas condiciones higiénicas nos enorgullecemos del espíritu trabajador del chileno, con condiciones higiénicas privadas y públicas este espíritu mejoraría sustancialmente".

Cabe a estas alturas preguntarse si no existía en el Chile de 1920, frente al nacionalismo de corte étnico-racial, un nacionalismo más mesurado, de corte

⁹¹ Nos basamos en el documento original, reproducido, en parte, por la *Revista Pedagógica*, set-oct, Santiago, 1910, publicación patrocinada por la Asociación de Educación Nacional.

ciudadano y republicano. Si bien algunas voces se habían levantado con esta perspectiva, hay que señalar que lo que ocurrió fue más bien que el nacionalismo étnico racial que hemos venido describiendo copó incluso los espacios del discurso liberal. Prueba de ello se encuentra en el discurso de aceptación a la designación como candidato a la presidencia, que pronunció en 1920, ante la convención de la Alianza Liberal, el candidato y futuro presidente Arturo Alessandri Palma:

“Todos los organismos –dijo el orador– están sometidos a la ley biológica de su conservación y las sociedades humanas, que forman los más amplios y completos organismos conocidos, se rigen también por estas mismas leyes, en virtud de las cuales deben dictarse todas las medidas complejas y múltiples destinadas a satisfacer las necesidades... de la raza y de superación de la pobreza... La raza, su vigor, sus excepcionales condiciones de fuerza y energía deben ser defendidas y consideradas con especial interés y atención. Quienes se dedican a proteger y amparar los deportes nacionales... realizan una obra verdaderamente patriótica... la energía y vigor de los pueblos descansan sobre la vitalidad y robustez de los individuos que forman su célula primaria. Defendamos nuestra noble y enérgica raza mediante la protección decidida del Estado a la educación y los ejercicios físicos... Defendamos también la raza combatiendo por todos los medios... el alcoholismo, las enfermedades de trascendencia social y las epidemias engendradas por falta de higiene y cultura”.

En las décadas siguientes todos los gobiernos, a partir de Alessandri, pasando por el gobierno de Ibáñez y hasta los primeros gobiernos del Frente Popular, llevaron a cabo iniciativas de políticas públicas en la dirección señalada, algunas de ellas directamente inspiradas en los principios de la eugenesia. En el primer gobierno del general Ibáñez se le dio un impulso vigoroso a la educación física colocando esta rama de la educación bajo una Dirección Central única. En el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, en su primer mensaje presidencial, el Presidente, de profesión educador, dijo: “Os conjuro a creerme que sabré respetar fielmente mi juramento constitucional y que será mi preocupación constante fortificar la raza”⁹². El mensaje también señala el propósito del gobierno de aumentar rápidamente la población “con elementos étnicos propios que mantengan la unidad de la nacionalidad”.

⁹² Mensaje presidencial, Santiago, 21 de mayo de 1939, citado por Hans Betzhold, *Eugenesia*, op. cit. Decreto Orgánico 4157, 18 de agosto, 1939.

En 1940 se presentó a ambas Cámaras un proyecto de ley de esterilización de enfermos mentales (esquizofrenia, psicosis maniaco depresiva, epilepsia esencial, debilidad mental profunda y alcoholismo crónico) que contemplaba como una de las causales para esterilizar el alcoholismo. El proyecto fue presentado por el Ministro de Salud de la época, Dr. Salvador Allende G. También se elaboró un proyecto de ley de Educación Física para todos los niveles desde preescolar hasta universitario, con un financiamiento para una Dirección General de Educación Física, organismo que tendría a su cargo la parte técnica y administrativa, el fomento y la supervigilancia de la educación física en primaria y secundaria. En agosto de 1939, el presidente Pedro Aguirre Cerda pronunció un discurso en “defensa de la raza y aprovechamiento de las horas libres”, señalando que uno de los sentimientos que debe unir a toda la comunidad nacional es “el amor a la raza, a la raza chilena, a ese conjunto social que para nosotros es todo nuestro orgullo, que lo admiramos y queremos, a pesar de los defectos que pudiera tener, como se quiere a la madre y a la bandera”. “Fortificar la raza, formarla sana y pujante, proporcionarle la alegría de vivir, el orgullo de sentirse chileno, es un sentimiento que nadie debe negar a nadie, cualquiera que sea el medio que unos u otros conceptúen como el más apropiado ... Dos factores hasta ahora descuidados es preciso considerar –señala el Presidente– para lograr este propósito: fortalecer el vigor físico de nuestros conciudadanos por medio de prácticas deportivas al aire libre, adecuadas, y tonificar su salud moral fomentando su vida de hogar y de relación”. Con ese discurso anunció la creación, por decreto, de un organismo nacional con el nombre de *Defensa de la Raza y aprovechamiento de las horas libres*. El decreto describe a la nueva institución como una instancia de carácter “nacional, apolítica, eminentemente patriótica y que tendrá por misión elevar el coeficiente físico, moral, intelectual y social de todos los chilenos”⁹³. También se elaboró en 1939 un proyecto de ley sobre contagio venéreo, que obligaba a los futuros cónyuges a un tratamiento previo o en su defecto a un certificado prenupcial.

El imaginario étnico-racial que movilizó estas políticas públicas no se dio solamente en Chile. Tuvo presencia relevante en varios países de América Latina y en diversos escritos de la época. En *Continente enfermo* (1901) del venezolano César Zumeta, en *Nuestra América* (1903) del argentino Carlos Octavio Bunge y en *Pueblo enfermo* (1909) del boliviano Alcides Arguedas. Arguedas, por ejemplo, al igual que Palacios, recurre al determinismo del medio y de la herencia, sin embargo, utilizando el mismo sistema semántico, su perspectiva se ubica en las antípodas: el mal profundo de Bolivia es la raza indígena, una raza que, determinada por el

⁹³ Decreto orgánico 4157, 18 agosto, 1939.

altiplano y su insularidad es incapaz de sintonizar con “las vibraciones del vivir contemporáneo”. Los “desgraciados atavismos” quechuas y aymaras, y la “falta de educación” son los responsables del “espectáculo desconsolador que ofrece Bolivia desde el punto de vista del comercio, de la industria y sobre todo –dice Arguedas– de la institucionalidad”. La única solución para sus males es, según su punto de vista, la inmigración europea. En Argentina se dan casos como el de Leopoldo Lugones, que transitan del anarquismo progresista a un pensamiento conservador y nacionalista, que aspira a nacionalizar el sistema de educación y critica la inmigración europea –y sobre todo la latina– en términos similares a Palacios. Lugones desempeñó un rol en la censura del libro *Corazón de D’Amicis*, considerado italianizante y lesivo para la identidad nacional. También en Argentina, alrededor de 1910, Ramos Mejía promovió una serie de políticas públicas de corte higienista, inspiradas en las ideas eugenésicas. En México se formula una modalidad original de unidad racial, basada en la reivindicación del mestizaje como un valor eugenésico, por vía de síntesis e hibridación. José Vasconcelos en *La raza cósmica* ofrece una síntesis de eugenesia espiritual y culminación criolla⁹⁴. En Brasil, en la década del 20, entre intelectuales y autoridades se fue consolidando un discurso sobre la raza y la identidad nacional, una creencia en la posibilidad de mejorar la recién construida “raza brasileña”⁹⁵. Dicha tendencia fue acompañada por un reconocimiento, por parte de los grupos de elite, de que ya no era posible admitir la exclusión de la población mestiza y pobre en el proyecto de construir una nación moderna. A diferencia de Europa, donde la eugenesia estuvo marcada por la conservación genética de lo puro, en América Latina, el blanqueamiento, al menos discursivamente, fue, en varios países, más condescendiente con el mestizaje.

Se puede señalar, en conclusión, que en casi todas las naciones del continente se producen, con respecto al social-darwinismo, apropiaciones diferenciadas, que inciden –tal como ocurrió en Chile– en los más diversos órdenes intelectuales: en la educación, en la medicina, el periodismo y la historiografía, en el ensayismo y en la literatura. El pensamiento étnico-racial y la identificación de la raza con la nación permea el imaginario y las políticas públicas en las primeras décadas del siglo XX, fenómeno que se da en el contexto de una oleada de nacionalismos socialmente integradores; pero, también, fuertemente ideologizados, y que, como tal, conllevan un potencial de modelación de lo social que, en un plano extremo, puede llegar –como de hecho llegó en Europa– a la violencia y la exclusión.

⁹⁴ José Antonio Machuca, “Raza, nación e ideología del mestizaje en México”, *Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 45, México, 1997.

⁹⁵ Sueann Caulfield, *En defensa da honra. Moralidade, modernidade e Nacao no Rio de Janeiro* (1918-1940), Campinas, Brasil, 2000.